

se de la resolución que habían tomado de abandonar á San Pedro, se apresuró á mandar los pocos soldados que tenía ya reunidos á las órdenes del capitán Alonso Rosado. La llegada de este oficial, cuyo nombre debía hacerse después tan célebre en la historia de la conquista, reanimó la abatida empresa de los colonos. Dijoles que el viejo Adelantado seguía proporcionándose socorros de gente y dinero en Tabasco y Chiapas, y que su hijo había pasado á la Nueva España con el mismo objeto, razón por la cual hacía mucho tiempo que no se tenía noticia de él en Champotón.

Estas noticias no tardaron en ser confirmadas por la realidad más halagadora. Primeramente se presentó en la Colonia Juan de Contreras, que volvía de Chiapas con algunos refuerzos, diciendo que presto le seguirían otros. Arribó en seguida Francisco de Montejo, hijo, trayendo los socorros de que se había provisto en México, gastando su corto patrimonio. Llegó, finalmente, el resto de los aprestos hechos por el Adelantado, y que consistían en soldados, vestuario y municiones de boca y guerra.

La Colonia, llena de alborozo, se preparaba ya á ensanchar con las armas los límites de su dominio, cuando llegó de Chiapas un pliego de Montejo, padre, en que llamaba á su hijo á conferenciar con él antes de emprender toda operación. El joven capitán mandó detener los preparativos que se estaban haciendo, dejó el mando de las tropas á su primo y emprendió el camino de Ciudad Real, prometiendo dar la vuelta á la brevedad posible.

CAPÍTULO XI

1540-1541

El Adelantado sustituye en su hijo los poderes que tenía respecto de Yucatán.—Sale el ejército de Champotón.—Dificultades con que llega á Campeche.—Misión confiada al más joven de los Montejos.—Ocupa á T-Hó después de una marcha penosa.—Batalla de Xpeual.—El general funda la villa de San Francisco y viene á reunirse con su primo.—Embajada de Tutul Xiu.—Efecto que produce en el campamento español.

En la época á que ha llegado nuestra narración, don Francisco de Montejo, padre, tenía ya sesenta años. Había empleado una gran parte de su vida en los campos de batalla, y debía sentirse cansado, á pesar de la robusta compleción de que le había dotado la Naturaleza. Además de esto, eran tan grandes los contratiempos que había experimentado en Yucatán, era tan poco lo que se había avanzado después de doce años de lucha, que el Adelantado llegó á dudar de su propia fortuna y á creer que no estaba reservada para él la gloria de plantear en la Península el estandarte de la civilización. Estas consideraciones obraron fuertemente en el ánimo del viejo soldado, y persuadido de que á su hijo no le faltaban ni el valor ni el talento necesarios para llevar á cabo la empresa en que había agotado todo su patrimonio, determinó sustituirle el poder que la Corona le había otorgado en la capitulación de 8 de diciem-

bre de 1526. Con este objeto le llamó á Ciudad Real, y luego que el joven estuvo en su presencia, le significó su deseo y le entregó unas instrucciones escritas, que la Historia ha recogido, y que nosotros colocamos en el Apéndice, como un monumento característico de aquella época de transición, digno de ser transmitido á la posteridad (1).

Este documento es notable bajo más de un título. A pesar de las prescripciones que contiene para que la propiedad de los indios sea respetada y para que sean tratados con cierta clase de consideraciones los que se sujeten voluntariamente al yugo español, revela el sistema poco escrupuloso que el signatario había seguido en sus campañas anteriores, sistema, por otra parte, que era el mismo que observaban sus compatriotas en toda la América. Se sujeta á los caciques á una especie de plagio, por el temor de la influencia que pudieran ejercer en sus respectivos dominios, y se manda castigar con severidad á los que no reconozcan inmediatamente al Dios de los cristianos y al rey de España, como si una conquista de esta naturaleza pudiera hacerse en pocos días en hombres que no entendían el idioma que se les hablaba.

Después de estas moniciones, el Adelantado traza á su hijo un plan de campaña, que más tarde veremos felizmente desarrollado por éste, y acaba por darle facultad para repartir las tierras y encomendar los indios entre los conquistadores que le acompañasen, según los méritos que cada uno hubiese contraído.

Recibidas estas instrucciones y otras que de viva voz le comunicaría sin duda su anciano padre, el joven Montejo dió la vuelta á Potonchán, en cuyo puerto entró á los treinta días de su salida. Sus compañeros de aventura, que no le aguardaban tan presto, se llenaron de alborozo cuando supieron los poderes que traía, porque el mancebo había

(1) Véase el número 5 del Apéndice.

sabido hacerse popular en el campamento con su valor, su buen carácter y su liberalidad. El capitán trajo consigo algunos aventureros españoles que se le incorporaron en Ciudad Real, y aun parece que por esta época se presentaron en la Colonia algunos indios mexicanos, que venían á aliarse á sus antiguos enemigos para pelear contra su raza (2).

Francisco de Montejo desembarcó en Potonchán con la firme resolución de llevar á cabo la conquista del país ó de morir en la empresa. Supo comunicar este ardor á sus camaradas; los cuales, olvidando las contrariedades de antaño y la mala suerte con que hasta entonces habían luchado, abrieron de nuevo su corazón á la esperanza y, llenos de entusiasmo, juraron seguir á su joven caudillo adonde quisiera llevarlos. Con tan buenos auspicios, el pequeño ejército expedicionario salió de su antiguo campamento en la primavera de 1540, y emprendió su marcha por la orilla del mar con dirección á Campeche.

Los indios de Champotón, que algo llegaron á traslucir sin duda de los proyectos de sus huéspedes, habían ya difundido la alarma en todo el país, y con este motivo el viaje de los españoles fué varias veces interrumpido para batir á los naturales que salían á oponerse á su paso. Desde el primer día tuvieron necesidad de pelear con un grueso batallón que se les interpuso en el camino, el cual fué fácilmente desbaratado. No queriendo dar un paso atrás y no encontrando población alguna para guarecerse, los soldados de Montejo durmieron aquella noche al raso, arrullados por las olas del golfo, en sus lechos de arena.

Al día siguiente continuaron su marcha, y no tardaron en encontrarse con una serie de fortificaciones hábilmente combinadas para entorpecerles el paso. Pero nada era ya capaz de detener á los expedicionarios, y las trincheras, á

(2) COGOLLUDO, libro III, capítulo IV.

pesar de estar guarnecidas por numerosos defensores, fueron cayendo una tras otra en poder de aquéllos. Las mismas escenas se fueron repitiendo en los días subsecuentes, y Montejo quedaba siempre dueño del campo. Los indios morían en tan gran número, que los españoles formaban algunas veces de sus cadáveres una especie de parapeto para resistir á los vivos. No obstante, los invasores experimentaron también algunas pérdidas, y con el objeto de disminuirlas en lo posible, el capitán formó una descubierta de cuatro hombres que saliesen todos los días á explorar el campo, antes de que el ejército emprendiese su marcha. Puso á la cabeza de estos exploradores á Alonso Rosado, y á fe que nunca tuvo motivo para arrepentirse de su elección.

Una mañana, en que la descubierta había salido, según costumbre, al rayar el alba, volvió poco después diciendo que en un pueblo llamado Sihó los indios estaban reunidos en gran número, con el objeto de interceptar el paso á los españoles. Montejo levantó inmediatamente su campamento y se dirigió á Sihó. Los indios se hallaban fortificados dentro de una vasta trinchera, compuesta de palos, piedras y tierra, y lanzaron un grito terrible de amenaza al percibir desde lejos á su enemigo. Un castellano que se acercó demasiado, tal vez con el objeto de reconocer las fortificaciones, fué muerto en el acto en castigo de su temeridad. El impetuoso Alonso Rosado avanzó después, sin contar el número de los que le seguían, y á pesar de la lluvia de flechas en que se vió envuelto, una sola le hirió en el muslo. Esto no le impidió seguir peleando, y allí mismo hubiera sido víctima de su arrojo, si no se le hubiesen incorporado en aquel instante varios de sus compañeros, y luego todo el ejército, ante el cual comenzaron los indios á dar señales de debilidad. Notáronlo los agresores, y redoblaron sus esfuerzos hasta tal extremo, que aquéllos se vieron obligados á desbandarse.

Francisco de Montejo entró en el pueblo y lo encontró completamente desamparado de sus habitantes, aunque bien surtido de las provisiones que acaso se habían dispuesto para la eventualidad de un sitio. Esta circunstancia le convidó á permanecer allí algunos días, los cuales empleó en atraerse á los naturales, que se hallaban escondidos en los montes vecinos. Muchos de los fugitivos acudieron á su presencia, y el caudillo, después de reprenderlos por el acto de hostilidad que acababan de cometer, los exhortó á aceptar el yugo español, conducta que, en su concepto, les tendría más cuenta que la pasada. Ofreciéronlo así los indios, y Montejo, satisfecho de no dejar á sus espaldas ningún enemigo, prosiguió su viaje para Campeche, sin experimentar contratiempo alguno durante su marcha ni en la ocupación de la ciudad.

El jefe de la expedición hubiera querido continuar inmediatamente su marcha para *T-Hó*, donde, según las instrucciones de su padre, debía fundar la capital de la Colonia. Pero impidióselo por entonces la necesidad que tenía de permanecer en la costa para recibir algunos socorros que se le habían prometido y que aun no habían llegado. Deseoso, sin embargo, de no perder un tiempo que le parecía precioso, dispuso que le precediese su primo Francisco de Montejo con cincuenta y siete españoles que puso á sus órdenes.

La expedición del sobrino del Adelantado tiene mucha analogía con la que emprendió Alonso de Ávila cuando marchó en busca de las pretendidas minas de Bacalar. Como el antiguo contador, Montejo debía internarse con un pelotón de soldados en un país que le era completamente desconocido y poblado de millares de enemigos. Sólo había en favor de éste la circunstancia de que creía poder contar con un aliado en el territorio que iba á invadir. Durante la primera residencia de los españoles en Campeche, hacia el año 1531, trabaron amistad con el ca-

cique de la provincia de Acanul, llamado *Ná Chan Can*, y en las instrucciones que el viejo Adelantado dió á su hijo, hizo mención especial de este personaje, y aun insinuó que podía contarse con sus servicios. Pero esta esperanza no tardó en desvanecerse, porque sea que *Ná Chan Can* hubiese muerto ó variado de opinión con el transcurso de los años, el hecho es que los expedicionarios encontraron en Acanul la misma acogida desfavorable que en todo el resto del país.

Este contratiempo no arredró al joven capitán, y siguió su marcha al través del angosto sendero que, según su guía, debía conducirle á T-Hó. El viaje de Champotón á Campeche fué afortunado en comparación de este. Los indios, emboscados en los dos lados del camino, no cesaban de hostilizar á los invasores, y aunque nunca llegaron á empeñar ningún combate formal, los tenían fatigados con las muchas celadas que les armaban. Como si esto no fuera bastante, el camino se hallaba á cada instante obstruido con albarradas, árboles caídos, cadáveres de hombres y animales en estado de corrupción y otras muchas inmundicias que interceptaban el paso é infestaban la atmósfera. Los viajeros tenían necesidad de detenerse á cada instante para desembarazar la vía, y como había ya comenzado el verano, el calor se hacía insoportable durante el día.

Todas estas contrariedades hubieran podido sobrellevarse con resignación, si al terminar su jornada diaria hubieran encontrado siempre un pan para restaurar sus fuerzas y un vaso de agua para apagar su sed. Pero los indios comenzaron á cegar los pozos y alzar los víveres por los lugares donde debían transitar. Fué ya muchas veces preciso desviarse del sendero principal, para caer bruscamente sobre alguna aldea y arrancar de grado ó por fuerza á sus habitantes las provisiones de que tenían necesidad.

En Poeboc tuvo lugar un suceso que vino á aumentar

sus privaciones. El campamento comenzó á incendiarse durante la noche, y los españoles, temiendo un ataque en las tinieblas como el de Champotón, se armaron violentamente y salieron en busca del enemigo. Pero notando al cabo de algunos instantes el silencio sepulcral que reinaba en el pueblo, señal inequívoca de que no había sido invadido por los indios, volvieron su atención al incendio, intentando apagarlo por cuantos medios estaban á su alcance. Pero las llamas habían tenido hartó tiempo para cebarse en los maderos y la paja de que estaba formado el Real, y los infelices castellanos no tardaron en ver reducidos á cenizas su equipaje y los pocos víveres que habían podido acopiar.

El joven Montejo despachó á su primo un mensajero, dándole cuenta del desastre que acababa de sufrir, y sin más demora continuó su marcha hacia la provincia de Cehpech. Acompañáronle en su tránsito las mismas dificultades que había experimentado desde su salida de Campeche; pero vencéndolas todas con el valor y la constancia de que estaba dotado por la Naturaleza, llegó por fin á T-Hó, ansiado término de su viaje. El lector no habrá olvidado, sin duda, la descripción que hemos dado de esta antigua ciudad en el libro primero de nuestra historia. Una simple ojeada sobre sus colosales ruinas hizo comprender á Francisco de Montejo que su tío no pudo haber elegido un sitio mejor para hacerle el centro de las futuras operaciones sobre la Península. Los cerros artificiales que abundaban en el lugar, constituían casi por sí solos una defensa contra los indios, y los edificios construidos en ellos eran más de los que necesitaba para alojar á su tropa.

Después de un examen de estas fortificaciones, el capitán eligió para su campamento el cerro de *Bakluumchaan*, que ocupaba el mismo sitio en que hoy se halla la plaza principal de Mérida. Pocos días después de su instalación,